

Consideremos la tarea pendiente que Aby Warburg nos plantea desde la configuración de un *ATLAS* que busca encontrar los nexos que se establecen entre las producciones artísticas y sus relaciones sinópticas con la sociedad, con el tiempo, con los lugares y, por supuesto, con los posibles soportes que han configurado los discursos de eso que llamamos civilización. Y decimos creaciones artísticas no en el sentido estricto de la expresión, sino porque consideramos que las grandes creaciones de la humanidad, las que han cambiado al mundo, pero también las que hacen parte de la cotidianidad, son y serán verdaderas expresiones de la inteligencia y del talento de los seres humanos.

Partiendo de esta premisa, las representaciones que se dan en los diferentes campos del conocimiento suelen hacerse sobre algún soporte, algunos más fuertes como la piedra, otros más débiles y sin embargo no menos resistentes como el papiro, pero en definitiva la mayoría de las veces buscando que la información que contienen se preserve y trascienda no sólo el autor sino el lugar y el tiempo en el que fueron creados. Dichos constructos conformarían un conjunto de elementos que vistos desde la distancia carecerían de valor, de ahí la premisa del profesor Javier Domínguez que dice: “el arte no es poderoso por sí solo, sino que aporta memoria en la proporción de lo que hagamos con él”.

Esta idea nos sitúa en un vértice desde el que observamos quienes estamos encargados de catalogar, sistematizar, almacenar y, por supuesto, darle sentido a dichas producciones que, dotadas de un valor cultural, poseedoras de unos atributos que las hacen especiales y, semantizadas según el contexto y lógica de la sociedad en la que se genera, constituyen una síntesis de un momento histórico y de unas expectativas que puestas en el escenario mundial permiten construir los tejidos sociales que le dan el pulso y las características a una sociedad.

Pienso entonces en los bibliotecólogos y los archivistas que seleccionan los materiales, los resguardan y los coleccionan, pero que también los descartan según su estado de preservación y su lógica dentro de la colección que está siendo procesada. Una gran misión que se debe hacer con el rigor que las disciplinas de la información se han preocupado por definir y que ha permitido

que hoy se conserven grandes tesoros, obras significativas para la humanidad. Queda la duda de si en esta etapa del proceso se suprimieron algunos documentos que contenían grandes ideas, la clave que buscamos para que nuestra sociedad fuera menos injusta, más sensata.

El *ATLAS* sería entonces una nueva manera de hacer ese inventario que falta por hacer. Aquel que dejará en evidencia los vacíos y las fisuras en los discursos que las sociedades han tratado de construir o les han sabido imponer. Un discurso hegemónico que continuamente se construye y se destruye en las miles de representaciones que han sobrevivido para contarnos el relato desde el lugar de quienes dominan, de quienes se resisten y de quienes buscan alternativas para seguir adelante. Un mapa de cómo pensamos y de cuáles serían las formas en las que debemos continuar organizando y construyendo nuestra historia del pensamiento.

Luis Carlos Toro Tamayo
Director/Editor
Medellín, enero de 2014